

## EL GRAN GATSBY. EL TRIUNFO DE LA SELECCIÓN DE LECTORES

Francis Scott Fitzgerald escribió una carta a la gran Willa Cather con el objeto de obtener permiso para publicar su libro. Confesaba haber tenido en mente *Una dama extraviada* al escribirlo y esperaba que Willa encontrase diferencias notables que le quitasen un peso de encima. Willa Cather respondió que lo publicase tranquilo, que no se parecían tanto. Ciertamente se parecían en una cosa, pero los temas, los personajes y el estilo eran tan distintos que con razón hubo quien se preguntó por qué tenía Scottie que pedir permiso a nadie. Hemingway lo dijo bien alto en alguno de sus infumables libros autobiográficos:

«*Scottie se puede permitir hablar bien de otros escritores, porque ya ha escrito un gran libro*».

¿Qué es un gran libro? ¿Un libro que perdura? ¿Un libro que vende? ¿Un libro que (perdón por el lugar común) «hace a la gente pensar»? ¿Un libro que responde grandes interrogantes? ¿Un libro que hace que la gente se revuelva o acepte su situación? O quizá un gran libro es algo que responde solo ante aquello para lo que fue creado: la literatura.

¿Qué ha hecho perdurar *El gran Gatsby* hasta nuestros días? Las películas, que pretenden ser fieles a la historia lineal que se lee en el libro, son malas (alguna execrable) con cierto regusto agónico. Si preguntamos al lector moderno qué libro conoce, si el de Willa Cather o el de Fitzgerald, inmediatamente responderá «Gatsby». Si preguntamos al lector moderno de qué trata *El gran Gatsby* nos dirá sin problema, como hace Holden Caulfield en *El guardián entre el centeno*, que de la frivolidad de la clase alta norteamericana, del nazismo implícito en lo que se entiende usualmente como postura democrática (personificado en Tom Buchanan), de un puñal clavado en el corazón del sueño americano. En realidad esto es lo que pasa en el libro. No hay, aparentemente, mucho más. Hay mil libros mejor escritos que este que tocan estos temas o parecidos: *Pabellón QB7* de León Uris; *Babbitt*, de Sinclair Lewis; *La embriaguez de la metamorfosis*, de Stefan Zweig, etc.

Entonces ¿qué lo hace especial? El libro empieza con una declaración poco sorprendente que cada día emitimos unas dos veces de nuestros propios labios o escuchamos de los labios de otros:

«Tengo una gran tendencia a reservarme toda opinión, hábito que me ha facilitado el conocimiento de las más extraordinarias naturalezas». Algo así como ver, oír y... sugerir.

El narrador testigo es una propuesta narrativa arriesgada: el lector tiene que creerle y desde el principio, si no el libro se vendrá abajo. Nick Carraway ya nos está diciendo que confiemos en él desde la primera página. ¿Por qué? ¿Qué sabe? ¿Qué quiere ocultar, ya que se considera un hombre eminentemente reservado y «político»? Como es un tipo honesto, ya nos advierte

que Gatsby personificaba todas las cosas que él detestaba, sin embargo, Gatsby no escapa a su escudriñamiento. La residencia de Carraway se sitúa entre dos enormes mansiones (encogida), lo que ya nos da una idea de las intenciones de Carraway como personaje, además de como narrador de la historia. Proviene de la clase media y su objetivo es trepar. Su residencia está entre la de los Buchanan y la de Gatsby.

El primer contacto con los Buchanan, Tom y Daisy, nos deja un guiño. La vestimenta de Tom es la de una amazona agresiva y musculosa. Pero su presencia física es tan imponente, que ni siquiera lo afeminado del atavío contradice su masculinidad, o eso piensa Carraway. Voz ronca, ideas pétreas y mente primaria: un macho alfa más a la derecha aún que cualquier otro macho alfa, como si por alguna extraña razón tuviese que reivindicar su masculinidad.

La importancia del encuentro, aparte de mostrarnos que Daisy es (o está) nerviosa y tan frívola como Tom, reside en el intercambio que mantienen miss Baker y Carraway. Es como si se conocieran, como si entendieran algo que solo ellos dos entienden (y tanto).

Daisy dice que se alegra de ver a Nick. Y dice, también, que le recuerda a una rosa. A una verdadera rosa. Nick dice que no, que ni remotamente se parece a una rosa. Una rosa puede simbolizar muchas cosas, pero no vamos a irnos hasta Umberto Eco o Gertrud Stein. De momento vamos a quedarnos con lo que el inconsciente colectivo identifica cuando le asalta la imagen de una rosa: frescura, tersura, ingenuidad, etc. Algo de lo que te puedes fiar, algo que le conviene a un narrador testigo.

Vemos por qué está Daisy (en parte) tan nerviosa: Tom tiene un lío y sale a hacer una llamada a su ligue al vestíbulo. Después, Tom acusa a Nick de no invitarles a su compromiso, del que ha escuchado rumores. La reflexión de Carraway sobre esto ya debería ponernos en guardia, Fitzgerald está siendo exquisito:

*«El hecho de que la murmuración hubiera publicado ya las amonestaciones era una de las razones de mi traslado al Este. Por causa de las habladurías no iba a dejar de verme con una antigua amiga, y por otra parte no tenía la menor intención de que los rumores me llevaran al matrimonio».*

Los rumores apuntan en dos direcciones. ¿Qué sujeto adulto tiene que mudarse porque alguien rumorea que se va a casar? ¿En qué compromete esta rumorología a un hombre adulto que se dedica a especular en bolsa? La red está tejida y el lector ya no va a escapar, tanto si está siguiendo la historia lineal que se nos cuenta como si se va dando cuenta de lo que se oculta arrollado como las dimensiones de Calabi-Yau entre las palabras.

Tom se entrevista con los Wilson ante la atenta mirada de Nick, y Fitzgerald pone en práctica otra de las grandes máximas de la escritura. Si utilizas el diálogo, hazlo para algo. Hazlo para que avance la acción, se retroceda, los personajes se contradigan o sugieran algo de sí mismos.

Pero no para distender la tensión del libro.

El diálogo que mantiene Buchanan con la señora Wilson acerca de la sexualidad de un perro, que Tom corta de forma tajante como si le estuviera afectando demasiado, algo que le sucederá más adelante cuando Gatsby lo identifique como a uno de los suyos, avanza cuál es el argumento (no confundir con la trama) de *El gran Gatsby*.

La primera fiesta en la que se ve envuelto el trepa testigo Nick Carraway es donde se difunde por primera vez el rumor de la fortuna de Gatsby: dicen que es un descendiente directo del Kaiser Guillermo. Pero entre diálogos que ponen de relieve la carencia de interés de unos en otros y el hastío que sienten de la vida, Nick nos describe al señor McKee como a un hombre delgado, pálido, afeminado y con ínfulas artísticas. A través de un par de rupturas de la secuencia espacio-tiempo nos encontramos con este párrafo, que todos los lectores solemos saltarnos porque sí:

*«Eran las nueve de la noche. Casi al instante volvía a mirar el reloj: eran las diez. Mr. McKee estaba dormido en una silla con los puños crispados sobre las rodillas, como la fotografía de un hombre de acción. Sacando mi pañuelo, limpié la mancha de espuma de su mejilla, que me tuvo obsesionado toda la tarde. McKee se volvió y salió de la habitación. Le seguí, descolgando mi sombrero de la lámpara.*

*—Véngase a almorzar algún día —sugirió, mientras el ascensor bajaba con un sordo gruñido.*

*—¿Dónde...?*

*—En cualquier parte.*

*—¡Eh, aparten las manos de la palanca! —exclamó bruscamente el chico del ascensor.*

*—Usted perdone —murmuró McKee con gran dignidad—, ignoraba que la estaba tocando.*

*—Conforme —asentí—. Con mucho gusto.*

*Estaba de pie al lado de su cama; Mr. McKee se hallaba entre las sábanas...».*

¿Qué ha pasado? Nick Carraway ha demostrado ser menos honesto de lo que decía al principio, cuando se consideraba capaz de escudriñar a los demás y revelar su naturaleza, naturaleza que en él es igual de exuberante y engañosa, por supuesto, que en los demás. Más adelante iremos viendo que Carraway admira a Jordan Baker. ¿Por qué? Porque Baker sí es honesta y no esconde su naturaleza lesbiana, mientras que Carraway tiene mucho interés en ocultar sus andanzas, las de Gatsby, las de Wolfsheim, etc.

Si el narrador solo es partícipe y nos hace partícipes de aquello en lo que está presente y nos está narrando lo que ocurre dentro de la habitación, es que está dentro de ella con el *afeminado casado* McKee.

Pero eso está meridianamente claro: sin embargo el juego del ascensor es diabólico y el doble sentido que encierra la conversación es prodigioso. El sordo gruñido del ascensor remite al ocaso de un orgasmo masculino, la interrogación acerca del lugar queda en suspenso: puede referirse a dónde se verán, dónde está poniendo la mano, dónde puede limpiarse, etc. La referencia a la palanca es algo burda y obvia, pero no la reacción de un ascensorista que depende de la aprobación de los clientes para continuar en su puesto. ¿Por qué se pone tan chulo cuando representa el último escalafón de una sociedad en esencia clasista? Y por último, y glorioso momento, McKee se disculpa irónicamente de que la esté tocando. Carraway, que deforma absolutamente todo lo que le interesa, nos dice que la contestación es de «gran dignidad». Pero ¿qué dignidad hace falta para contestarle a un ascensorista grosero y por qué se ha permitido este ponerse grosero? Carraway solo aclara lo que le interesa. Y hace bien.

El noventa y cinco por ciento de los lectores seguirá leyendo el libro después como si no hubiera ocurrido nada, de una forma lineal que nos dice que esta es la historia de un magnate de las finanzas que quiere introducirse como nuevo rico en el círculo de la vieja plutocracia. El círculo se cierra, rechazando al advenedizo, y ahí entra la necesidad de Jay Gatsby de hacerse con Daisy a toda costa, pues su nombre y su familia proporcionan la casta de la que él carece. Esto es un gran logro de Fitzgerald, porque ha engañado al lector con su narrador testigo desde la primera página, y el lector se desliza peligrosamente por una pendiente inclinada que va a parar en la nada. Al contrario que en el libro de Onetti *Los adioses*, aquí no se va a explicar al lector al final del libro que todo era una farsa bien urdida. La exigencia hacia el lector es máxima, aunque el libro no sea muy complejo.

La homosexualidad no reconocida de Nick tiene su contrapunto en la ambigüedad bisexual de Gatsby. En cuanto se ven, se reconocen. Pero no porque se hubieran visto anteriormente, sino porque ellos «entienden» de estas cosas. Gatsby invita a Carraway a la casita del lago a la que se llega en hidroavión. Carraway empieza a decepcionarse con Gatsby cuando se da cuenta de que «no tiene mucho que contar», pero ya se encargará Carraway de hacernos interesante el personaje (la gente con la que yo me relaciono siempre es la mejor).

Los siguientes capítulos giran en torno a la figura de Gatsby. ¿Dónde adquirió su fortuna? ¿Es buena o mala gente? ¿Realmente sirvió en el ejército? ¿Fue a la universidad o no? ¿Quiere o no quiere a Daisy?

El encuentro de los tres, Gatsby, Buchanan y Carraway, es un pasaje de una intensidad y una tensión impresionantes. El epíteto que Gatsby dedica a los que considera como él, «camarada», obtiene de Buchanan el rechazo que vimos en la discusión sobre la sexualidad del perro.

A él que no le llamen lo que no es. Pero ¿porque no sirvió en la guerra, porque labró su fortuna de una forma distinta a la de Gatsby (heredándola), o porque es un macho alfa y la mera insinuación de que sea como Carraway o Gatsby es ofensiva? Poco después Carraway, hablando con alguien, confiesa que Gatsby es el hombre que presentaría sin dudar a su madre y a su hermana. Otro motivo genial: ningún heterosexual en sus cabales presentaría a otro amigo heterosexual atractivo y con posibles a su hermana y a su madre. Las insinuaciones son cada vez más brillantes y divertidas.

El mundo femenino que nos muestra Fitzgerald en *El gran Gatsby* es de una neurosis que asusta. Todas las mujeres andan nerviosas, atareadas, se levantan y se sientan sin aparente motivo, lloran, ríen y se echan a gritar. Montan espectáculos dramáticos en las fiestas y, en su gran mayoría, están casadas con homosexuales. ¿Por qué se comportan así? Obviamente Fitzgerald no está pensando en una entidad générica absoluta, ni siquiera en Zelda que acabó algo más tocada que estos personajes, sino en la consecuencia lógica de la carencia de vida sexual. Si los hombres del entorno son como Carraway, McKee, Wilson, Wolfsheim o Gatsby, no es extraño que la única que conserva cierta serenidad sea la lesbiana Jordan Baker. La charada que mantiene Gatsby de cara a Daisy es un poco como la que mantiene Carraway de cara a Gatsby. Gatsby no la quiere, solo está dispuesto a fingir para obtener ese ascenso social. Carraway también está dispuesto a fingir que siente algo por Gatsby, pero veremos como para él lo que importa es otra cosa. Gatsby asegura llevar toda la vida detrás de ella, Daisy es el amor de su vida, la unión carnal entre ellos simboliza la felicidad que anduvo buscando siempre. Tiene tantas ganas de ella, que cuando se encuentran hacen esto (visto de cerca por Nick):

*«La última tarde tuvo a Daisy entre sus brazos. En la habitación hacía frío y ella tenía las mejillas encendidas. De vez en cuando se movía; ella cambiaba la posición de su brazo. En una ocasión besó su oscuro y sedoso cabello. En todo su mes de amor, jamás estuvieron más cerca el uno del otro como cuando ella rozaba con los labios el hombro de su chaqueta o él acariciaba las puntas de sus dedos».*

Toma ya. Sensualidad a borbotones. Gatsby no es un romántico, como han intentado hacernos creer él o Carraway durante todo el libro, lo que le ocurre es que no se siente atraído por las mujeres. Nos enteramos también de que su maestro de ceremonias, Wolfsheim, estuvo implicado en un escándalo de apuestas ilegales, y Gatsby debió sacar tajada de ahí. De hecho, cuando Gatsby ofrece a Carraway trabajo en una venta de acciones de alguna sociedad, Carraway lo rechaza, a pesar de que considera a Gatsby mejor tipo que todo lo que les rodea. Quien sí lo acepta, un joven inexperto que tiene toda la pinta de ser un nuevo ligue de Gatsby, acaba imputado por malversación y estafa.



El final del libro es un prodigio no solo de narración conclusiva, sino de encriptación. Con todas estas dimensiones bien escondidas, la acción se mueve magistralmente hacia la destrucción del personaje principal del libro. Pero nos lo cuenta, claro, su enamorado Carraway. Justo antes de su muerte, Nick grita algo parecido a una declaración de amor hacia él: «¡Eres el mejor! ¡Tú eres mucho mejor que todos ellos, Jay!».

Es lo máximo que se permitirá hacer por este hombre al que admira, a pesar de que representa todo lo que siempre ha detestado (lo dijo al principio del libro). Lo que ocurre es que para un agente de bolsa, mezclarse con alguien de tan dudosa reputación legal (y sexual) comportaría un torrente de habladurías, que es exactamente lo que no soporta Nick, recordemos que huyó de su ciudad natal porque había rumores de boda. Y huyó porque su reputación es más importante que cualquier otra cosa: a nivel profesional y a nivel sexual. Y no hay nada mejor para estropear la reputación sexual de un homosexual que la rumorología de devaneos con el otro sexo.

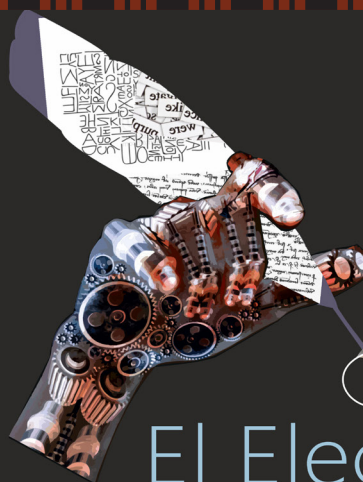
La última acción de Carraway en el libro es borrar la palabra que habían escrito bajo el pórtico de imitación griega de la mansión de Gatsby. Nos podemos imaginar cuál es la palabra y por qué la borra Carraway (porque también le concierne a él); las últimas reflexiones de Carraway van en la dirección lineal que marca el libro. Los ricos son malos, malísimos. Los pobres son tontos, porque envidian a los ricos. América está podrida tanto en su huevo Este como en su huevo Oeste. Y Nick Carraway, eterno observador que participa de la acción, cree haberse salvado de la quema.

Por todo esto este gran libro ha perdurado.

**RUBÉN MUÑOZ HERRANZ**



Narrativa y gramática on line  
[www.electrobardo.com](http://www.electrobardo.com)



Valler de narrativa  
**El Electrobardo**